



Enseñar
para
luego
Aprender

FLORA



ENSEÑAR PARA LUEGO APRENDER

Hola, me llamo Flora y voy a contaros una historia. Cuando tenía siete años, me gustaba pasar tiempo con mi abuelo, me encantaba jugar con él, bailar y cantar.

Antes de irme a dormir, me contaba cuentos que resultaban ser anécdotas de cuando él era joven, batallitas de su juventud, podía pasar horas escuchándole.



Otras veces, simplemente, jugábamos a juegos de mesa, hacíamos puzzles o jugábamos a construir figuras con legos, siempre nos lo pasábamos genial, riendo y aprendiendo cosas juntos.



Todos los veranos, bajábamos al pueblo juntos, casi todos los días, me llevaba de ruta por el monte o simplemente por lugares del pueblo en los que nunca había estado, cada minuto con él era mágico, lo que más me gustaba de esas rutas, era que siempre merendábamos, hablábamos y cantábamos canciones que él me había enseñado antes, de cuando él era joven, siempre se acordaba de cosas con las que me hacía reír.



Tras varios años de un vínculo inseparable, mi abuelo, comenzó a estar distinto, no me preguntes como, pero yo se lo notaba, al principio creí, que se trataba de la edad o de una pequeña broma, él tenía ya sesenta y ocho años, yo notaba que no se acordaba de cosas que le habían sucedido recientemente, además, hacía muchas preguntas sobre conversaciones que estábamos o acabábamos de tratar. Tras varios meses así, comenzó a empeorar, ya no se acordaba de casi nada, y lo peor es que no

se acordaba de mí, de la persona a la que hacía reír, ayudaba y pasaba el tiempo con ella, yo no quería ver esa realidad, solo quería creer que era un virus, el cual se le curaría tarde o temprano. Tras varios días así y numerosas pruebas, le diagnosticaron alzhéimer, una enfermedad que le hacía olvidar cosas y que nunca se le curaría ya que no tiene cura. Al enterarme, me puse muy triste de que la persona que más quería en este mundo, no se fuera a recuperar ni a mejorar.



Debido a esto, solo quería estar en mi habitación sola, con mis pensamientos y mis ideas de cómo podía hacer que mi abuelo mejorara, o simplemente que se acordara de mí. Después de varios días así, salí de mi habitación emocionada, ya que se me había ocurrido una idea. Al salir de mi habitación, fui corriendo a casa de mi abuelo, él no se acordaba de mí, pero decidí probar a hablar con él, a hacerle recuperar la sonrisa que meses antes se dibujaba en su cara. Él sin ni siquiera saber quién era, comenzó a escuchar la historia que yo le estaba contando, poco a poco, fue

recuperando su habitual sonrisa.



Ahora, en vez de que él me cuente historias, soy yo quien se las narra y él, quién ríe y sueña, ahora soy yo quien le enseña a jugar y él quién aprende, me siento muy feliz de ello. Ahora en vez de que él me lleve de ruta, soy yo quien le guía y le hace disfrutar,



Ahora los dos volvemos a ser felices, puede que, de otra forma o manera, porque él no sabe quién soy, pero los dos seguimos viviendo aventuras inolvidables y creando nuevas anécdotas de lo más divertidas, lo que hace que cada día sea inolvidable con mi abuelo ya que entre nosotros hay un vínculo basado en el amor y la confianza.